

**Asociación Uruguaya de Historia Económica (AUDHE)
V Jornadas Uruguayas de Historia Económica
Montevideo, 23 al 25 de noviembre de 2011**

Simposio: “Guerra y sociedad. Las formas de hacer la guerra durante los movimientos de independencia iberoamericanos y sus implicancias económicas y sociales”.

Coordinadores: Raúl O. Fradkin (UNLu-UBA, Argentina) y Ana Frega (UdelaR, Uruguay)

Autor: Gabriel Di Meglio. Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, UBA-CONICET (Argentina)

Algunas claves de la acción popular en el proceso de independencia del mundo hispanoamericano, 1809-1816

PRESENTACIÓN

Esta ponencia es una pequeña muestra de una incipiente investigación en curso: cómo fue la participación de las clases populares en el proceso político iniciado en el mundo hispano en 1808, que desembocó en el fin del imperio español y la independencia de una serie de nuevos países. Lo que estoy intentando es analizar las intervenciones políticas populares, sus formas, su peso, sus motivaciones, entre 1808 y 1826 aproximadamente.

Mi objetivo no es hacer un análisis comparativo sino realizar un abordaje general, tomar a Hispanoamérica como una unidad –y tal vez, se verá, incluir a España– para observar cómo fue la participación popular.¹ Eso implica romper con dos lógicas: por un lado la de las historiografías nacionales que proyectan hacia atrás sus espacios actuales y los recortan (operación inevitable y no reprochable pero que tiene sus límites); por otra parte las consideraciones disciplinares que al centrarse en sujetos que se transforman en el eje de la investigación pueden tender a aislarlos relativamente de su contacto habitual con otros grupos para resaltar su singularidad. Así hay estudios sobre los esclavos, sobre la población

¹ Es raro encontrar miradas globales centradas en las clases populares, sí por ejemplo una sobre los afrodescendientes y su lugar en los ejércitos: Peter Blanchard, *Under the Flags of Freedom: Slave Soldiers and the Wars of Independence in Spanish South America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2008. Los abordajes comparativos sobre el tema son escasos y sobre áreas limitadas: véanse Brian Hamnett, *The politics of counter-revolution: Liberalism, Royalism and Sepatarism in Mexico and Peru, 1800-1824*, Cambridge, Cambridge University Press, 1976 (hay una parte dedicada a lo popular); Anthony MacFarlane, "Rebellions in Late Colonial Spanish America: A Comparative Perspective", *Bulletin of Latin American Research*, vol. 14, nº 3, 1995 (compara Nueva España en 1810 con las rebeliones andinas de treinta años antes); Bernd Schröter, "Movimientos populares durante la independencia. Resultados de enfoque comparativo", en G. Cardozo Galué y A. Urdaneta Quintero (comps.), *Colectivos Sociales y Participación Popular en la Independencia Hispanoamericana*, Maracaibo, Universidad del Zulia/INAH/El Colegio de Michoacán, 2005 (toma Nueva España, la Banda Oriental y el Paraguay); Daniel Morán, "La historiografía de la revolución. La participación plebeya durante las guerras de independencia en el Perú y el Río de la Plata", *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates, 2011 [En línea], <http://nuevomundo.revues.org/61404>

negra y parda libre, sobre los indígenas o sobre los campesinos que dialogan mejor con estudios que tienen el mismo objeto en otros lugares que con las investigaciones que se ocupan de otros grupos del espectro popular en una misma región. La intención de este trabajo es mirar a unos y a otros, incluyendo también a las clases populares de las ciudades. Si hay historias políticas del período independentista con una mirada general, y en menor medida se ha hecho lo mismo con la economía, no ocurre otro tanto con la participación popular, pese a lo cual un trabajo así promete ser provechoso e incluso, posiblemente, discutir con algunas apreciaciones de esos trabajos generales. Por supuesto, al igual que en ellos, tal mirada sólo puede ser factible a partir de la historiografía y no de una investigación de primera mano. No pretendo realizar una revisión profunda de cada historiografía nacional sino abordar las obras clave y sobre todo los trabajos más recientes. Por supuesto, hay espacios y episodios para los cuales hay mucho trabajo realizado y otros para los cuales hay escasa obra y se puede acceder a este objeto a partir de trabajos con otro objeto principal.

Entre 1809 y 1816 hubo una importante intervención de las clases populares –campesinos, comunidades indígenas, esclavos, bajo pueblo urbano– en la política hispanoamericana que se puede abordar de varias maneras. Aquí voy a utilizar una de las posibles: inventariar sucesos políticos de la época en los que hubo una clara presencia popular, que contemporáneos y luego la historiografía han remarcado. Hay episodios que no se consideran porque no tengo datos claros sobre la presencia popular (por ejemplo, la insurrección de Cochabamba en 1810). Tampoco he intentado agotar la totalidad de estos eventos, pero elegí esta estrategia para mostrar que sólo por cantidad de sucesos la presencia popular tuvo mucho peso en la época. Como fuente empleo textos de distinto tipo, con abordajes diversos, pero acá los homogenizo, no entraré casi en aspectos metodológicos. La de los episodios es por cierto una estrategia discutible, porque que sea más numerosos en un lugar no significa que ese sitio haya experimentado más peso popular que otro, pero ese no es el objeto aquí, insisto con que no busco una comparación. De hecho, la insurgencia novohispana y la guerrilla altooperuana, ambas de amplio alcance, sólo ocupan pocos sucesos debido a que entran más en la lógica militar que en la de eventos políticos aquí definida –aunque, claro, una y otra no son fáciles de separar. Por eso, enfatizo, lo que sigue no intenta ser una cuenta exhaustiva sino una muestra. Incluso la bibliografía que se cita en cada episodio no es en varios casos toda la que existe sobre él sino a la que puede acudir para tener una primera idea sobre lo ocurrido. Tampoco me extenderé por obvias razones de espacio en explicaciones adecuadas de cada acontecimiento, sólo los señalo para luego aventurar algunas reflexiones generales muy preliminares.

Me ocupo sólo de episodios de la vida política que implican movilizaciones no regladas. No estoy considerando entonces las elecciones, que entre 1812 y 1814 fueron muy importantes en los territorios fidelistas que adoptaron la constitución de Cádiz y que con diferentes periodizaciones fueron importantes también en las zonas insurgentes. No me ocupo tampoco de las movilizaciones militares, en las que como es habitual el grueso de las tropas estaba integrada por hombres de las clases populares. Esa militarización fue muy importante en la época, pero por espacio no la trato aquí (sí, como las elecciones, serán parte de futuros trabajos). Y tampoco incluyo las intervenciones de los indígenas no sometidos en la época. Para concluir con las advertencias: es complejo definir a los grupos

enfrentados a principios de la década de 1810. Todos se consideraban patriotas y la mayoría se proclamaba fidelista. Utilizo entonces los términos revolucionarios (se dijeran así o no) contra “regencistas” (partidarios del Consejo de regencia contra las juntas autonomistas hasta 1814 (el retorno del rey Fernando VII a su trono) y realistas a partir de entonces.

El período tomado abarca desde los primeros movimientos juntistas posteriores a la *vacatio regis* de 1808, que en América se dieron en 1809, hasta 1816, año en el que puede considerarse terminado el primer ciclo del período revolucionario y el inicio de un segundo marcado por un abierto giro independentista que no fue el principal rasgo del anterior. La fecha de 1816 obedece a que es el año en que, con la caída de Nueva Granada y la derrota de casi todos los grupos guerrilleros altoperuanos, los realistas afianzaron su control sobre la mayor parte de los territorios que habían sido insurgentes, que habían obtenido con sus victorias en distintos frentes durante 1815. A la vez, en 1816 los portugueses iniciaron una gran ofensiva sobre la Banda Oriental y la zona de las antiguas misiones jesuitas que pertenecía a la Liga de los Pueblos Libres. Sólo esa región, las Provincias Unidas que dirigía Buenos Aires, los guerrilleros altoperuanos de las “republicuetas” de Ayopaya (Cochabamba) y La Laguna (Chuquisaca), y las escasas tropas de los insurgentes Vicente Guerrero y Guadalupe Victoria en Nueva España seguían en pie frente a los realistas. Sin embargo, a fin de ese año Simón Bolívar dio comienzo a una nueva campaña en Venezuela, procedente de Haití, que a largo plazo sería exitosa, al tiempo que José de San Martín lanzaría su ofensiva a través de los Andes, también destinada a triunfar. Se abría así una nueva etapa en la guerra y en el proceso revolucionario.

LOS EPISODIOS

- 1. La Plata, mayo de 1809.** La noche del 25 de mayo de 1809 el presidente de la Audiencia de Charcas fue obligado a renunciar por una movimiento dirigido por oidores de la audiencia, vecinos importantes y universitarios. El presidente fue acusado de traidor a Fernando VII y de querer entregarse a Carlota Joaquina. En el movimiento hubo una importante participación de la plebe, integrada mayormente por “cholos”. El mulato Francisco Ríos, alias “el Quitacapas”, surgió como líder plebeyo. Ríos dirigió a los cholos que soltaron esa noche a los presos y saquearon la presidencia; ahorcaron el retrato de García Pizarro y a un perro muerto. A Ríos el alcalde de Cuzco, que estaba en la ciudad, lo nombró inmediatamente "capitán de la plebe". Se formaron compañías de artesanos y de negros, llamadas "terrores". Hubo expresiones abiertas contra los peninsulares (“acabemos con los chapetones, que porqué nos mandan ellos”, dijo la testigo Isabel Ayala que decían los cholos).²
- 2. La Paz, julio de 1809.** Al conocerse las noticias de La Plata, el 16 de julio, en la procesión de la Virgen del Carmen, una multitud comenzó a reclamar la renuncia del gobernador-intendente al grito de “viva Fernando VII, muera el mal gobierno y mueran

² Estanislao Just Lleó: *Comienzo de la independencia en el Alto Perú: los sucesos de Chuquisaca, 1809*, Sucre, Editorial Judicial, 1994, p. 505. También Esther Aillon Soria: "El mulato Francisco Ríos: líder y plebe (25 de mayo de 1809-10 de noviembre de 1810)", en Heraclio Bonilla (ed.), *Indios, negros y mestizos en la independencia*, Planeta, Colombia, 2010.

los chapetones”. En el tumulto y en el apoyo a la Junta Tuitiva formada por el cabildo hubo presencia de la plebe urbana, lo cual estuvo entre las razones de la dura represión de las autoridades.³

3. **Santa Cruz de la Sierra, agosto de 1809.** Se preparó un levantamiento conducido por esclavos, negros libres portugueses e indios tributarios. La causa fueron los azotes dados a un indio sacristán. Surgió el líder Franciscote, un mulato. Pero antes del estallido los apresaron a todos.⁴
4. **Oruro, noviembre de 1809.** El pueblo de San Agustín de Toledo se movilizó a favor del cacique Titichoca, destituido por las autoridades españolas. Había en todo el altiplano descontento con las autoridades locales, sobre todo porque la reforma en la recaudación del tributo indígena como parte de las reformas borbónicas la había puesto en manos de personas externas a la comunidad, mestizos, criollos o indios forasteros a los que llamaron caciques, que desplazaron a los jefes "naturales". Fue el caso de Titichoca, que fue a La Plata para que le reconocieran el liderazgo y como no tuvo éxito en abril de 1810 empezaron a preparar un levantamiento apoyado por varios criollos (como Juan Manuel Cáceres, que había integrado la Junta Tuitiva de La Paz). Reclamaban el fin del tributo, la abolición de la mita de Potosí, la eliminación de los cargos de subdelegados y de caciques extracomunitarios que recaudaban, la supresión de las alcabalas y apoderarse de los bienes de los chapetones. En junio buscaron articular un movimiento con la junta de Buenos Aires. Otros pueblos de Toledo se sumaron en julio, cuando empezó el alboroto; había unos 2000 indios movilizados con líderes étnicos, criollos y mestizos. Pero las autoridades reaccionaron y neutralizaron el movimiento.⁵
5. **El Chocó, Nueva Granada, fines de 1809.** Hubo una “conspiración de negros del Chocó” que rápidamente fue sofocada. Un esclavo negro, Pedro Chispas, junto con otro cabecilla iban “cundiendo el deseo de libertad entre las cuadrillas”. Alegaban que el nuevo gobierno español había prometido libertad a los esclavos y se mencionó a Santo Domingo. Se les impuso a cada uno cuatro años de presidio.⁶
6. **Buenos Aires, mayo de 1810.** Un grupo de conspiradores, miembros de la elite, obtuvo la realización de un cabildo abierto ante las noticias del derrumbe peninsular. En la presión para conseguir la aprobación de esa reunión y en los sucesos de los días posteriores que desembocaron en la destitución del virrey del Río de la Plata y la

³ Charles Arnade, *La dramática insurgencia de Bolivia*, La Paz, Librería Juventud, 1964.

⁴ René Arze Aguirre, *Participación popular en la independencia de Bolivia*, La Paz, Librería Juventud, 1979.

⁵ Ítala de Mamán, "Participación indígena en la independencia altoperuana: la región de Cochabamba", en Bonilla, op. cit.

⁶ Catalina reyes Cárdenas, "La participación popular en la primera república en el Nuevo Reino de Granada, 1810-1816", en Bonilla, op. cit. Dice la autora: "Tanto en los hechos que legitimaron las juntas de Pamplona como en los del Socorro se hablaba de la participación de la plebe; sin embargo, después de los acontecimientos estos actores se diluyen, y ninguno de sus representantes hará parte de las nuevas juntas. La plebe aparece en la documentación solo como soldados, cargueros, vivanderos, espías al servicio de los ejércitos de un bando y otro, o como integrantes de las milicias que se conformaron después de 1810".

erección de una junta autónoma movilizaron a algunos miembros de la plebe urbana y fueron apoyados por el cuerpo miliciano de patricios, cuya tropa pertenecía a aquella.⁷

7. **Villa del Socorro, Nueva Granada, julio de 1810.** El 9 de julio fueron masacrados por la guardia tres campesinos que pasaban en la noche por la calle del cuartel y recibieron orden de hacer alto. Al oír el alboroto otros acudieron y una descarga de fusilería dejó ocho muertos sobre la calle. En ese momento explotaron tensiones largamente alimentadas contra el corregidor, el peninsular José Francisco Valdés. El 10 de julio los vecinos tomaron la plaza, y lanzaron arengas contra el mal gobierno y el corregidor. Dos nuevas víctimas de los fusiles acrecentaron la ira. El corregidor, 70 veteranos de la guarnición y algunos reclutas debieron refugiarse en el convento de los capuchinos y, asediados por una multitud de 8.000 hombres dirigidos por los curas párrocos, se debieron entregar a los caudillos de esta revuelta, y el corregidor fue apresado. Los cabecillas (los doctores Miguel Tadeo Gómez Plata y Pedro Ignacio Fernández) firmaron un acta en la que dejaban en claro su triunfo e “independencia” sobre “la tiranía de Don José Francisco Valdés”. Si bien hubo un claro rechazo al corregidor y al virrey, no existió mención alguna de rechazo a la Corona.⁸

8. **Santa Fe de Bogotá, julio de 1810.** La formación de la junta en la capital del Virreinato de Nueva Granada el 20 de julio se dio con un movimiento en el que participaron “chisperos o descamisados” junto a la elite. La noche concluyó con un cabildo abierto en el que la plebe exigía, seguramente instruida por los dirigentes criollos, la conformación de una junta. Al grito de “¡Junta, Junta!” uno de los cabecillas desde el balcón de la casa capitular proclamaba los nombres de los posibles miembros de la nueva junta y la multitud manifestaba a gritos su aprobación o rechazo por el nominado, que era siempre miembro de la elite. La ira popular se dirigía hacia funcionarios coloniales que representaban un mal gobierno. Desde fines de 1809 se habían oído rumores de que con la complicidad de las autoridades virreinales se planeaba una invasión francesa a América, rumor que tenía grandes efectos sobre el pueblo. La intervención del clero, mediante sermones en los que se hacía explícito su adhesión a los “criollos patriotas” que garantizarían la defensa de la religión católica contra los impíos afrancesados, fue, sin duda, un ingrediente que incentivó la participación de distintos sectores urbanos en los hechos de 1810. En Santa Fe, un elemento fundamental de la movilización del pueblo el 20 de julio fueron las campanas de las iglesias. Según crónicas de la época, los “nobles” (criollos) iban armados con sables y puñales; “el bajo pueblo” salió con cuchillos y las mujeres “con piedras y palos”. Se sabe que sastres y artesanos se movilizaron, y que a su lado también marchaban gentes “muy bajas”, como chicheras, pulperas, vendedoras de la plaza, vagos y mendigos.⁹

9. **Mompox agosto de 1810.** En junio una multitud dirigida por un zambo y un negro se lanzó contra un enviado de la Real Hacienda, que fue remitido por los momposinos a

⁷ Noemí Goldman, *¡El pueblo quiere saber de que se trata! Historia oculta de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

⁸ Catalina Reyes Cárdenas, "La participación popular...", cit.

⁹ *Ibid.*

Cartagena como traidor para que allí fuera juzgado. Pero los negros y zambos no solo participaron en este momento, también lo hicieron activamente en el enfrentamiento militar entre Cartagena y Mompox que se dio pronto por la negativa de ésta a obedecer a aquella, que era cabecera. El 5 de agosto la Junta de Gobierno de Mompox declaró la independencia absoluta de España, de cualquier otra potencia extranjera y también de Cartagena (y se declaró en “feliz anarquía”). Así Mompox se convirtió en el primer centro urbano independiente de España en el Virreinato del Nuevo Reino de Granada, Se formaron batallones de blancos y pardos que resistieron en enero de 1811 a las fuerzas de la Junta de Cartagena, hasta ser derrotados.¹⁰

10. Quito, agosto de 1810. El año anterior se formó una junta efímera donde la plebe no jugó un papel importante, pero el 2 de agosto de 1810 se organizó un ataque a la cárcel para liberar a los presos tomados por las autoridades en la represión de 1809 y en oposición a las tropas llegadas de Lima que la habían realizado. El acontecimiento fue liderado por la elite pero con una importante participación de la plebe de los barrios populares, San Francisco y San Roque (que tenía una larga experiencia en intervenciones tumultuarias). En San Roque corrió la voz de que no había más rey ni gobierno legítimo y de que había que sacar a los tiranos. Se expresó en el movimiento un fuerte sentimiento antipeninsular. Las tropas reaccionaron al levantamiento con una matanza de decenas de quiteños, lo cual aumentó la furia de los alzados, que se apoderaron de la ciudad. La plebe siguió movilizada y casi mató al enviado regencista de Guayaquil.¹¹

11. Cartagena, septiembre de 1810. La milicia de morenos se reunió frente al palacio de gobierno para presionar por la elección de José María García de Toledo, quien aunque favorecido se enojó con el movimiento por su impronta popular. Hubo un claro apoyo de los pardos a la ruptura con las autoridades coloniales.¹²

12. Santo Domingo, septiembre de 1810. Se dio la “Revolución de los italianos”, así llamada porque en ella participó el teniente sardo Emigdio Pezzi, pero el “autor intelectual” fue un sastre. Lo acompañaron un mulato oficial de morenos, un pardo puertorriqueño y varios negros y mulatos que habían formado parte de las “tropas auxiliares” de los líderes haitianos Jean François y Biassou. Otros implicados fueron negros franceses fugitivos que estaban hacía rato en la colonia. El plan era poner un cañón en un punto estratégico de la ciudad, incendiar un par de bohíos y mandar a las tropas sublevadas a la calle para ganar adeptos. La conjura fue denunciada el 7 de septiembre de 1810 y al día siguiente todos cayeron presos y fueron ajusticiados. La

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Martin Minchom, *The People of Quito, 1690-1810: Change and Unrest in the Underclass*, Boulder, Westview Press, 1994.

¹² Marixa Lasso, *Myths of Harmony: Race and Republicanism during the Age of Revolution, Colombia, 1795-1831*, Pittsburgh, Pitt Latin American Studies, 2007. La producción sobre Cartagena que se ocupa de las clases populares es amplia y destacada: véanse Alfonso Múnera, *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810)*, Bogotá, Banco de la República-El Áncora ediciones, 1998; Jorge Conde Calderón, *Espacio, sociedad y conflictos en la provincia de Cartagena 1740-1815*, Barranquilla, Fondo de publicaciones de la Universidad del Atlántico, 1999; Aline Helg, *Liberty and Equality in Caribbean Colombia, 1770-1835*, Chapel Hill & London, The University of North Carolina Press, 2004.

revuelta fallida muestra el malestar de la gente de color, que pensaba a la unión con Haití como la manera de solucionar sus problemas. Se expresó abiertamente el odio a los españoles.¹³

- 13. Guanajuato, septiembre de 1810.** El 16 de septiembre tuvo lugar el Grito de Dolores, que dio inicio a la insurgencia de Nueva España, en la región del Bajío. Hubo al principio en ella una impronta indígena, mestiza y campesina. Los gachupines fueron considerados los principales culpables de los males que aquejaban a la población común (esto a través del discurso de los curas). El 28 de septiembre los insurgentes entraron en Guanajuato y toman tras un combate la Alhóndiga de Granaditas, donde se habían refugiado las familias más pudientes con sus pertenencias y se había organizado una resistencia armada. Cuando cayó el edificio hubo una masacre y un saqueo de bienes de quienes estaban en el interior. El episodio horrorizó a muchos y como anunciaba una posible guerra social volcó a muchos criollos contra la insurgencia.¹⁴
- 14. Caracas, octubre de 1810.** El 22 llegaron las noticias de la masacre realizada por los regencistas en Quito. Hubo honras fúnebres por los quiteños asesinados. Se dio entonces una movilización, al mando de Félix Ribas, un líder criollo que devino referente de los pardos de la ciudad, pidiendo la expulsión de los españoles. La Junta, en cambio, exilio a Ribas.¹⁵
- 15. México – Michoacán - Tierra Caliente – Oaxaca – Huasteca, 1811.** El fin de la insurgencia de Hidalgo a finales de 1810 no implicó el de los movimientos rebeldes con participación indígena y mestiza. Todas las zonas mencionadas fueron escenarios de insurgentes. José María Morelos e Ignacio Rayón dirigieron los grupos más destacados, que fueron vencidos en 1815.¹⁶ Durante ese período hubo comunidades indígenas insurgentes que no hicieron causa común con los encabezados por esos líderes sino que, de acuerdo a Eric Van Young, casi siempre se aislaban en vez de hacer

¹³ Carlos Deive, *Los guerrilleros negros: Esclavos fugitivos y cimarrones en Santo Domingo*, Santo Domingo, Fundación Cultural, Dominicana, 1988.

¹⁴ Hay varios textos sobre el tema. Véase especialmente Christon Archer, “Byte of the Hydra: the rebellion of Cura Miguel Hidalgo, 1810-1811”, en Jaime Rodríguez, *Patterns of Contention in Mexican History*, SR Books, Wilmington, 1992.

¹⁵ Michael McKinley, *Pre-Revolutionary Caracas. Politics, Economy and Society, 1777-1811*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, p. 161.

¹⁶ La insurgencia novohispana cuenta con una muy amplia bibliografía. Véanse sobre todo Brian Hamnett, *Roots of Insurgency. Mexican Regions, 1750-1824*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986; John Tutino, *De la insurrección a la revolución mexicana. Las bases sociales de la violencia agraria 1750-1940*, México, Era, 1990; 2006; Virginia Guedea, “El pueblo de México y la política capitalina, 1808 y 1812”, *Mexican Studies/Estudios mexicanos*, vol. 10, n° 1, 1994, pp. 27-62; Juan Ortiz Escamilla, *Guerra y gobierno. Los pueblos y la independencia de México*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1997; Marta Terán, “El movimiento de los indios, castas y la plebe de Valladolid de Michoacán en el inicio de la guerra por la independencia, 1809-1810”, en M. Terán y J.A. Serrano Ortega (ed.), *Las guerras de Independencia en la América española*, México, El Colegio de Michoacán-INAH-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2002; Peter Guardino, *Campesinos y política en la formación del Estado nacional en México. Guerrero 1800-1857*, México, Gobierno del Estado Libre y Soberano de Guerrero-Instituto de Estudios Parlamentarios Eduardo Neri, 2001; Michael Ducey, *A Nation of Villages: Riot and Rebellion in the Mexican Huasteca, 1750-1850*, Tucson, University of Arizona Press, 2004.

causa común con otras comunidades vecinas, una sublevación más atomizada y menos visible que tomó la forma de “implosiones” autonomistas.¹⁷

16. Cartagena, febrero de 1811. La ciudad estaba en agitación permanente desde agosto de 1810. El 4 y 5 de febrero de 1811 hubo un tumulto con protagonismo plebeyo. El regimiento fijo buscó voltear a la junta creada en aquella fecha y las milicias de blancos y pardos, más miembros del bajo pueblo, se lo impidieron. Muchas casas de españoles fueron saqueadas sin que la junta pudiera hacer nada al respecto (“día de juicio parecía”, dijo un oficial de la compañía de mulatos).¹⁸

17. Costa del río Uruguay de la Banda Oriental y Entre Ríos, febrero de 1811. Levantamiento rural contra los regencistas de Montevideo y a favor de la junta de Buenos Aires, con una movilización multclasista (hubo varios curas entre los primeros agitadores de la región). Tomaron la villa de Mercedes, Santo Domingo Soriano y luego Dolores; del lado occidental del río Uruguay se levantaron Gualeguay, Gualeguaychú y Concepción del Uruguay. Un rasgo clave del levantamiento desde su inicio fue la hostilidad hacia los españoles. Generalmente se concentraban en los pueblos y en las actividades mercantiles, mientras que en la campaña y en las tareas agropecuarias eran mayoría los americanos. De ahí que la oposición entre americanos y europeos que se desarrolló a partir de 1811 en la región fue vista también como un enfrentamiento entre “puebleros” notables y los paisanos rurales. Las partidas de revolucionarios de la Banda Oriental centraron su acción desde el principio en hostigar y apropiarse de los bienes de los europeos. Peones, ocupantes de tierra sin título, esclavos y otros integrantes del universo popular que siguieron a quien se volvió líder, José Artigas, mostraron según un contemporáneo “un entusiasmo frenético de la libertad” y buscaron con la lucha mejorar sus condiciones de vida, asegurar el respeto de derechos consuetudinarios y lograr una sociedad más justa.¹⁹

18. Popayán, marzo de 1811. En enero la cuadrilla de la mina de San Juan se convierte en autónoma de hecho y se alía con las autoridades regencistas buscando su libertad, contra los patriotas. Corrió entre los esclavos el rumor de que una reina negra había llegado a traerles la libertad pero los amos –muchos de ellos favorables a los revolucionarios- estaban escondiéndola. En ese contexto y teniendo que enfrentar una ofensiva de los revolucionarios de Cali, el cabildo de Popayán, regencista, quiso ofrecer la libertad a los esclavos que lucharan a su favor; el gobernador se negó por el peligro que eso acarrearía en una provincia con muchos esclavos. De todos modos, los esclavos se liberaron de hecho, controlando la mina de San Juan y maneándose

¹⁷ Eric Van Young, *La otra rebelión. la lucha por la independencia de México, 1810-1821*, Fondo de Cultura Económica, México, 2006. En su análisis se centra no en los grandes acontecimientos de la insurgencia sino en pequeños episodios como el linchamiento de cuatro españoles en el pueblo de Atlacomulco (Estado de México) en noviembre de 1810.

¹⁸ Lasso, op. cit.

¹⁹ Ana Frega, *Pueblos y soberanía en la revolución artiguista. La región de Santo Domingo Soriano desde fines de la colonia hasta la ocupación portuguesa*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2007. Para Entre Ríos véase Raúl Fradkin, “La revolución en los pueblos del litoral rioplatense”, *Estudios Ibero-Americanos*, 36, 2, Porto Alegre, 2010. El papel de los curas en Roberto Di Stefano, *El púlpito y la plaza. Clero, sociedad y política de la monarquía católica a la república rosista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

autónomamente en ella, donde produjeron para su subsistencia y destruyeron la maquinaria. dijeron que defenderían al rey contra sus amos, porque él los protegía de ellos y porque no podían servir a quienes negaban la autoridad legítima. Pronto hubo una rebelión autónoma similar en la cercana mina de Yurumanguí. En ambos lugares los esclavos se mantuvieron autónomos durante años, que exceden al período de este trabajo.²⁰

- 19. Buenos Aires, abril de 1811.** El día 5, el sector moderado de la junta de gobierno quiso desplazar al más radical a través de una movilización del bajo pueblo de los suburbios a la plaza principal de la ciudad. Fue convocado con la consigna de expulsar a los españoles de la ciudad y los concurrentes se presentaron como “el pueblo”.²¹
- 20. Tacna, junio de 1811.** Fue el primer episodio rebelde en el Virreinato del Perú. Tuvo una clara dirigencia de la elite, que buscaba articular con el ejército rioplatense, pero fue rápidamente vencida. Hubo algunos indígenas y mestizos entre los participantes. Del líder Francisco de Zela se decía que andaba “con tropa y plebe”.²²
- 21. Oruro-Cochabamba-La Paz, septiembre de 1811.** Después de la derrota de Huaqui se activaron guerrillas con fuerte impronta indígena, chola y mulata (según Pezuela). Surgieron líderes populares como Manuel Padilla, Juana Azurduy o José Luis Lanza. Lucharon con varios éxitos hasta 1815, cuando la mayoría de ellas fueron desarticuladas.²³
- 22. Santiago de Chile septiembre-noviembre 1811.** Hubo dos movilizaciones militares para exigir cambios de gobierno, una el 4 de septiembre y otra el 15 de noviembre, que fueron encabezadas por los hermanos Carrera. En ambas hubo participación de miembros del bajo pueblo.²⁴
- 23. Cartagena, noviembre de 1811.** Se declaró la independencia absoluta respecto de España fundamentalmente por la impronta popular, el peso de los pardos. El movimiento fue protagonizado por los artesanos pardos ligados a Gabriel Gutiérrez de Piñeres, devenido líder plebeyo. la milicia de pardos y los “estratos populares del puerto”. Obligarón a la Junta a hacer lo que no quería hacer, entrando al edificio del gobierno sin permiso.²⁵

²⁰ Marcela Echeverri, “Popular Royalists, Empire, and Politics in Southwestern New Granada, 1809-1819”, *Hispanic American Historical Review*, 91:2, 2011.

²¹ Gabriel Di Meglio, *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo*, Buenos Aires, Prometeo, 2006.

²² Lizardo Seiner Lizárraga, “La rebelión de Tacna de 1811”, en Scarlett O’Phelan Godoy (comp.), *La independencia en el Perú. De los Borbones a Bolívar*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú-Instituto Riva Agüero, 2001.

²³ Arze Aguirre, op. cit; María Luisa Soux, “Los caudillos insurgentes en la región de Oruro: entre la sublevación indígenas y el sistema de guerrillas”, en B. Bragoni y S. Mata (comps.), *Entre la Colonia y la República. Insurgencias, rebeliones y cultura política en América del Sur*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

²⁴ Julio Pinto Vallejos y Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *¿Chilenos todos? La construcción social de la nación (1810-1840)*, Santiago, LOM ediciones, 2009.

²⁵ Lasso, op. cit.

- 24. Banda Oriental, noviembre de 1811.** Artigas y muchos orientales se opusieron al armisticio entre Montevideo y Buenos Aires, en el cual no les habían dado participación y los dejaba en manos de la primera. Decidieron entonces abandonar la región: unas 10.000 personas, familias enteras, emprendieron un “éxodo” hacia Entre Ríos. Buena parte de la campaña oriental quedó casi abandonada y Artigas afianzó su liderazgo, transformándose en el “Jefe de los orientales”. Desde entonces se afianzaría el carácter popular del artiguismo oriental, en el cual los “infelices” tendrían un protagonismo creciente. Peones, ocupantes de tierra sin título, esclavos y otros integrantes del universo popular que siguieron a Artigas mostraron, como dijo un contemporáneo, “un entusiasmo frenético de la libertad” y buscaron con la lucha mejorar sus condiciones de vida, asegurar el respeto de derechos consuetudinarios de acceso a los recursos y conseguir una sociedad más justa.²⁶
- 25. Tegucigalpa primavera 1811.** Influidos sobre todo por lo ocurrido en Nueva España, se organizó un movimiento contra los regidores españoles del Cabildo. A la elite se sumaron artesanos mulatos y residentes indígenas. Luego los mulatos y otros plebeyos presionaron al Cabildo para que nombrara capitanes criollos en cada barrio con voz y voto en el ayuntamiento. El Capitán General de Guatemala, Bustamante, negoció con la elite local, les dio en vez de castigo más autonomía y restableció el orden sin más cambios.²⁷
- 26. Metapán, El Salvador, noviembre 1811.** El indio Andrés Flores, el negro José Agustín Alvarado y otros organizaron una movilización que demandaba que se terminaran varios impuestos y monopolios (tabaco, alcabala, licor). Apedrearon la fábrica de licor y la casa de un juez peninsular. Para el Capitán General Bustamante todo esto no era independentista, lo relacionó con cosas ocurridas anteriormente tras las Reformas Borbónicas.²⁸
- 27. León, Nicaragua, diciembre 1811.** Fueron las masas y no la elite las que actuaron. En diciembre, una movilización con más protagonismo de “las masas” que de la elite, interrumpió un cabildo abierto y exigió remover a las autoridades reales. El intendente cedió el mando al cabildo y éste, junto con el obispo, decidió días más tarde crear una Junta Provincial Gubernativa. Fue la única junta centroamericana, que enseguida llamó al orden y a la fidelidad al rey y empezó a luchar contra otros alzamientos en vez de impulsar una agenda autonomista.²⁹
- 28. Buenos Aires, diciembre de 1811.** “Motín de las trenzas”. Algunos cabos redactaron un petitorio solicitando que “se nos trate como a fieles ciudadanos libres y no como a tropa de línea”; querían volver a ser milicianos y además volver a elegir sus oficiales, facultad que tenían en la época de su formación y que habían perdido. Ante la agitación, un oficial amenazó con cortar la trenza que distinguía al regimiento a quienes

²⁶ Frega, op. cit. Véase también Lucía Salta de Tournon, Julio Rodríguez y Nelson de la Torre, *La revolución agraria artiguista*, Montevideo, EPU, 1964.

²⁷ Jordana Dym, *From Sovereign Villages to National States: City, State and Federation in Central America, 1759-1839*, Albuquerque, The University of New Mexico Press, 2006.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*

no mantuvieran la disciplina, provocando un rechazo general: un soldado le gritó que “más fácil les sería cargarse de cadenas que dejarse pelar”. El oficial respondió que si sentían la medida como una afrenta “él también estaría afrentado pues se hallaba con el pelo cortado”, pero otro soldado replicó “que él tenía trajes y levitas para disimularlo”. Así, en un movimiento que buscaba defender el derecho de los milicianos también asomó una tensión social entre la oficialidad y la tropa. Los amotinados no aceptaron negociar y decidieron defender sus exigencias con las armas en la mano. El gobierno decidió atacarlos con fuerzas leales y hubo un breve pero violento combate que terminó cuando los patricios perdieron el control de su cuartel. Once dirigentes del motín, todos sargentos, cabos y soldados, fueron fusilados y colgados. Tuvo una dirigencia exclusivamente popular.³⁰

29. Huánuco, enero de 1812. En la región comenzaron a circular pasquines contra los subdelegados y se organizó una movilización. El cura Marcos Durán Martel convocó a llevar armas “para acabar con los chapetones”, diciendo que “tienen la intención de matarnos a todos nosotros, quitarnos nuestras chacras, haciendas, bienes, y apoderarse de todas nuestras provincias...” Indios y criollos alzados se apoderaron de Huánuco en febrero. Los subdelegados se fueron y sus casas fueron saqueadas. Los criollos se reunieron sin dar participación a los indígenas ni al cura que los influía, eligieron a un subdelegado interino y pidieron la aprobación del virrey. El subdelegado interino mandó apresar a José Contreras, líder indígena y lo hizo matar. Éste había dicho que “sabía que lo iban a ahorcar por motinista”. Los indígenas se enojaron y fueron al cabildo a hacer nombrar a otro subdelegado, que fue José Crespo y Castillo, que fue percibido en la zona “como embajador del inca Castelli en la ciudad de Huánuco”. Este dijo que “acá no vamos contra nuestra santa religión, ni menos contra nuestro muy amado soberano, si no es sacudir el yugo de cuatro chapetones que quieren cautivar y subyugar en nuestras tierras e intereses”.³¹

30. San Antonio, Texas, enero de 1812. Juan Bautista de las Casas lideró un alzamiento contra las autoridades que dependen de ciudad de México. Se inicia un período de luchas entre regencistas e insurgentes –que logran apoyo de varios estadounidenses– hasta la victoria de los primeros en 1812.³²

31. Cuba, enero-febrero de 1812. Hubo levantamientos de esclavos en distintas partes de la isla de Cuba, en oriente (Puerto Príncipe, Holguín, Bayamo), que fueron reprimidas. En La Habana capturaron al supuesto líder, el moreno libre, artesano, José Antonio Aponte, quien era oficial de milicia y le encontraron un libro con imágenes de los líderes haitianos que mostraba a los negros; fue ejecutado. Corría el rumor de la inminente llegada de Juan Francisco, el ya legendario líder esclavo de Haití (Jean François), y de que los españoles no transmitían una orden llegada de España de liberar

³⁰ Di Meglio, op. cit.

³¹ Luis Iglesias Berrospi, *La revolución en el partido de Huamaltés, 1812*, Huánuco, Ediciones Illatupac, 2003.

³² Donald Chipman, *Texas en la época colonial*, Mapfre, Madrid, 1992.

a los esclavos (en el contexto de las discusiones sobre la constitución que tenían lugar en Cádiz).³³

- 32. Villa Alta (Oaxaca), marzo de 1812.** En el pequeño pueblo de Yauhive se dio una protesta –al estilo de las disputas pueblerinas bastante habituales– sobre el monto de los emolumentos parroquiales. Pero en la nueva coyuntura eso dio lugar a la circulación de pasquines y expresiones en la que se afirmaba que los indígenas no tenían más gobierno ni rey, que la corona le pertenecía a ellos ahora y que el tiempo de los españoles había llegado a su fin. El cura del pueblo escribió que temía un levantamiento para matar a los europeos, en un área que no era abiertamente insurgente. Es un ejemplo de que en tierras regencistas podía haber tensión popular también.³⁴
- 33. Tegucigalpa, abril de 1812.** Un “esclavo mulato” impulsó un motín de tropas de Olancho que estaban estacionadas en Tegucigalpa desde los tumultos del año anterior, pero fue descubierto y lo arrestaron.³⁵
- 34. Mendoza, mayo de 1812.** Un grupo de unos 30 esclavos organizó un levantamiento. El plan era reunirse en las afueras, asaltar el cuartel un domingo a la noche, tomar armas y exigirle al gobierno “un decreto que les diera la libertad a todos”. Los líderes eran dos músicos; Joaquín Fretes, que acababa de llegar de Chile, sabía escribir y era libre porque la revolución trasandina había abolido la esclavitud (que era allí económicamente menos significativa que en el Río de la Plata), y el esclavo analfabeto Bernardo, quien iba a ser el principal cabecilla porque tenía ascendencia local. Sabían lo que había sucedido en Chile y la prohibición del tráfico en Buenos Aires; además corrió el rumor de que se había abolido la esclavitud en el Río de la Plata pero que las autoridades locales de Mendoza no permitían que se conociera la declaración. Por eso los conspiradores querían garantizar su libertad y alistarse como soldados para luchar por ella, pero fueron descubiertos por la denuncia de uno de los implicados. En el juicio aparecieron también algunas intenciones más amplias: Bernardo fue acusado de haber dicho “que era necesario hacer en esta Ciudad lo que los negros de las Islas de Santo Domingo, matando a los blancos para hacerse libres”.³⁶
- 35. Pasto, mayo de 1812.** El 20 de mayo regencistas del Patía, un antiguo lugar de esclavos cimarrones, fueron a Pasto convocados por los pastusos regencistas y los

³³ Matt Childs, *The 1812 Aponte Rebellion in Cuba and the Struggle against Atlantic Slavery*, Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2006. Véanse también Gloria García Rodríguez, “La resistencia: la lucha de los negros contra la resistencia esclavista, 1790-1845”, en M. D. González-Ripoll Navarro et al, *El rumor de Haití en Cuba: temor, raza y rebeldía, 1789-1844*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2005 y José Luciano Franco, *Las conspiraciones de 1810 y 1812*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977.

³⁴ Peter Guardino, *The Time of Liberty. Popular Political Culture in Oaxaca, 1750-1850*, Durham & Londres, Duke University Press, 2005.

³⁵ Dym, op. cit.

³⁶ Beatriz Bragoni, “Esclavos, libertos y soldados: la cultura política plebeya en Cuyo durante la Revolución”, en Raúl Fradkin (ed.), *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008.

patianos derrotaron a los revolucionarios que presionaban sobre Pasto y Popayán. Los patianos serían realistas hasta el final. Eran zambos y mulatos, y además se aliaron con los jefes indígenas de la región. Así, en Pasto y Popayán, esclavos, los miembros de las castas y los indios fueron mayoritariamente regencistas y luego realistas.³⁷

36. Buenos Aires, junio de 1812. El esclavo Ventura denunció que su amo, el héroe de la Defensa contra los ingleses, Martín de Álzaga, planeaba con varios peninsulares apoderarse de Buenos Aires en connivencia con la marina de Montevideo. El gobierno –en ese momento el Triunvirato– procedió a detener y eliminar a los implicados: a lo largo del mes de julio, 33 españoles fueron fusilados y colgados frente a grandes multitudes. El 8 de julio corrió el falso rumor de que los marinos de Montevideo habían desembarcado en Buenos Aires y muchos acudieron a la plaza y a los cuarteles para sumarse a la defensa. Se decía que el plan español era matar a los gobernantes y a muchos hombres, para luego “desterrar todos los hijos del país, los indios, las castas y los negros, porque el proyecto era que no hubiese en esta capital un solo individuo que no fuese español europeo”. La reacción fue una ola de delaciones, saqueos de viviendas y otras acciones violentas, en las cuales los miembros de la plebe jugaron un papel principal. El gobierno y el Cabildo se preocuparon por la “excitación y efervescencia” del pueblo y lanzaron proclamas de pacificación, con poco éxito. Las casas de dos de los integrantes del gobierno fueron atacadas por una multitud que pedía más decisión contra los enemigos y el secretario Bernardino Rivadavia fue acosado en la calle por un grupo que pedía armas para luchar contra los españoles. Las autoridades se vieron obligadas a tomar medidas para calmar el furor popular: mandaron recluir a decenas de españoles en Luján y ordenaron que en todos los oficios debía contratarse solamente a “hijos del país”.³⁸

37. Barlovento, Venezuela, junio de 1812. Los pardos y los esclavos negros se levantaron contra los republicanos de Miranda en defensa del “Dios verdadero”, del rey y la fe. El movimiento fue promovido por el arzobispo de Caracas. Así la población civil empezó a obrar también en la guerra en Venezuela, porque los 7.000 alzados –entre esclavos y negros libres- no estaban enmarcados en la milicia. Expresaron un abierto odio anti blanco, en especial contra sus amos revolucionarios. Hubo españoles que prometieron la libertad a los esclavos si se pasaban a sus filas. Pero luego la rebelión se les fue de las manos y fue dirigida por los mismos negros; dio lugar a un ascenso de la violencia en la lucha venezolana y contribuyó decisivamente a la caída de la primera república.³⁹

38. Buenos Aires, octubre de 1812. Una movilización a la plaza principal de tropas veteranas y plebeyos que siguen a dos pequeños líderes, los hermanos Sosa (abastecedores de forraje con influencia en los suburbios), provoca la caída del Primer Triunvirato y la erección del Segundo, bajo el influjo de la Logia Lautaro.⁴⁰

³⁷ Jairo Gutiérrez Ramos: "Los indios de la Nueva Granada y las guerras de independencia", en Bonilla, op. cit.

³⁸ Di Meglio, op. cit.

³⁹ Clément Thibaud, *República en armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de Independencia en Colombia y Venezuela*; Bogotá, Planeta, 2003.

⁴⁰ Di Meglio, op. cit.

- 39. Reyes, Moxos, noviembre de 1812.** Hubo un levantamiento indígena contra los malos administradores. Se quejaban de que no tenían auxilios para subsistir.⁴¹
- 40. Quito, noviembre de 1812.** Reconquista regencista de la ciudad y fin del experimento revolucionario. La movilización de los indios de la audiencia de Quito a favor de la contrarrevolución fue fundamental para el triunfo regencista sobre las fuerzas de la ciudad.
- 41. Santa Marta, marzo de 1813.** Algunos grupos indígenas se movilizaron a favor de la causa realista ante el ataque de los revolucionarios de Cartagena (pelearon entonces contra Bolívar, en ese momento a servicio de esa ciudad). Tras la victoria realista de 1816 su fidelidad y el hecho de haber defendido la zona en nombre del rey frente a Cartagena les valieron el fin del tributo.⁴²
- 42. Mandisoví, junio de 1813.** Diversos caciques guanés empezaron a oponerse a los administradores y funcionarios elegidos desde Buenos Aires. Domingo Manduré atacó en 1813 al alcalde de Mandisoví que respondía al gobierno central; triunfó y lo removió de su cargo, dando inicio a la lucha armada entre los revolucionarios. En sus fuerzas había guaraníes de los pueblos misioneros, paisanos criollos e indígenas considerados “infieles”. En una proclama Manduré afirmó “hermanos, sabemos que Dios nos dotó al criarnos con la libertad, y sabemos que ante él somos iguales y lo mismo ante la Ley”, convocándolos a que “nos quitemos de mandones”. Comenzó así la radicalización indígena, que llevó a la expropiación de los europeos en los pueblos y luego la de otros pudientes (“como ya los bienes de los Europeos se acabaron ahora todo el que tiene algo es europeo”).⁴³
- 43. Tacna, octubre de 1813.** El día 3 se produce una rebelión dirigida por el militar Enrique Paillardelle, enviado por el porteño Manuel Belgrano, y algunos notables locales, que busca hacer causa común con los revolucionarios de Buenos Aires (se vivió a esa ciudad en el tumulto y se izó la bandera celeste y blanca). En el levantamiento participaron mulatos y zambos. Fue vencido ese mismo mes.
- 44. Llanos del Apure, enero de 1814.** El asturiano José Boves, junto a otros jefes realistas como Yáñez y Rosete, lideró el alzamiento de los llaneros contra la segunda república venezolana. Mientras Bolívar y los revolucionarios desconfiaban de la movilización popular, los españoles azuzaron el sentimiento de hostilidad anti-blanco entre pardos, mestizos, negros y zambos contra los oficiales revolucionarios provenientes de la elite criolla. En la movilización había una vaga promesa de revisar el sistema de castas si se reinstala bajo el orden colonial. Aunque Boves murió, la victoria realista fue total, en el marco de una extrema violencia iniciada con la “guerra a muerte” declarada por

⁴¹ Arze Aguirre, op. cit.

⁴² Gutiérrez Ramos, art. cit.

⁴³ Fradkin, art. cit.

Bolívar. La elite criolla temía que las castas fueran contra todos los blancos, exagerando algunos episodios reales de venganza étnica en la campaña de Boves.⁴⁴

- 45. Salta, febrero de 1814.** La ocupación realista de la ciudad comenzó a perseguir a todos los considerados partidarios de la Revolución, a quienes se les incautaron los bienes. Como ya no tenían adictos, puesto que casi todos habían abandonado Salta, no recibieron aportes de ningún tipo y para sostenerse recurrieron a la requisita de bienes en el circundante Valle de Lerma. Esa búsqueda se volvió por momentos un saqueo sistemático de las estancias pero también de las explotaciones medianas y pequeñas, y provocó una enorme indignación. Hubo paisanos que se negaron a entregar lo exigido o que atacaron luego a los realistas para recuperarlo. Algunos descontentos se agruparon en torno de un propietario modesto, Luis Burela, quien lideró una resistencia armada que rápidamente sumó a miembros de cuerpos milicianos organizados en el mismo valle un año antes. Otros se movilizaron por vínculos de compadrazgo, que eran muy fuertes. Así, milicianos e irregulares iniciaron un levantamiento campesino de amplias proporciones con protagonismo popular: a los pequeños y medianos propietarios, arrenderos y agregados del Valle de Lerma se sumaron desertores del ejército regular, varios de ellos altoperuanos. Surgieron así los “gauchos” que pronto conseguirían un líder en Güemes y subvertirían el orden de la región en los años sucesivos.⁴⁵
- 46. Pasto, marzo de 1814.** Los 21 pueblos de indios ubicados alrededor de la ciudad se movilizaron a favor de ésta, realista, contra el ataque de los republicanos de Cundinamarca dirigidos por Antonio Nariño. Con esa ayuda los pastusos vencieron otra vez a los invasores. Como recompensa, desde 1816 la Corona les redujo a los indígenas el tributo y en 1817 se les dejó de cobrar.⁴⁶
- 47. Cuzco, agosto de 1814.** Rebelión de criollos e indígenas. Comenzó como una lucha contra el mal gobierno y luego dio un giro insurgente para hacer causa con el ejército rioplatense. Hubo participación de la plebe urbana y de los indígenas de la campaña, dirigidos por el anciano cacique Mateo Pumacahua. Para los indígenas era una oportunidad de expulsar a las autoridades. Hubo una importante referencia a los incas.⁴⁷
- 48. Jipijapa y Puerto Viejo, audiencia de Quito, abril de 1814.** Se produjo un levantamiento de Jipijapa, pueblo indio, y el vecino Puerto Viejo, pueblo criollo, contra la reimposición del tributo y a favor de la constitución de Cádiz abolida. Con apoyo de la población los cabildos resistían la entrada de las autoridades reales, sin renegar del rey. Pero fueron desmovilizados y algunos perseguidos, acusados de estar “alucinados”, especialmente por el discurso de algunos curas.⁴⁸

⁴⁴ Thibaud, op. cit.

⁴⁵ Sara Mata, *Los gauchos de Güemes*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.

⁴⁶ Gutiérrez Ramos, art. cit.

⁴⁷ Charles Walker, *Smoldering Ashes. Cuzco and the creation of Republican Peru, 1780-1840*, Durham & London, Duke University Press, 1999.

⁴⁸ Tatiana Hidrovo Quiñónez, “Los ‘alucinados’ de Puerto Viejo. Noción de soberanía y ciudadanía de los indios de Manabí, 1812-1822”, en Bonilla, op. cit.

- 49. Buenos Aires, abril de 1815.** En medio de una situación crítica en el Río de la Plata, hubo un levantamiento que expulsó al Director Supremo Carlos de Alvear en abril de 1815, dirigido por el Cabildo y con protagonismo de la plebe urbana (“el despotismo de la multitud”, según uno de los ataques durante el tumulto).⁴⁹
- 50. Misiones, 1815.** Andresito Guacurari, cacique guaraní, fue nombrado Comandante de las Misiones por su padrino Artigas. Ese mismo año sus fuerzas expulsaron a los paraguayos que habían ocupado algunos pueblos al este del río Paraná. Comenzó así el impulso de un programa político guaraní de cambio radical en el marco de los Pueblos Libres, que buscaba reunificar la antigua provincia jesuita, incluyendo a los pueblos que estaban bajo dominio portugués y a los que dependían de Asunción. Pero ahora ya no habría jesuitas ni administradores y los guaraníes se gobernarían a sí mismos. No iban a obedecer a ninguna autoridad suprema, ni española, ni portuguesa, ni paraguaya ni porteña. A la vez, el movimiento de Andresito expresó resentimientos contra los blancos. Aunque su proyecto no fue apoyado por todos los pueblos guaraníes, sí logró la adhesión de muchos de los indígenas “dispersos” –a quienes buscó expresamente ganarse– que habían abandonado en años anteriores las antiguas reducciones.⁵⁰

CUESTIONES EN COMÚN

Es casi ocioso decir tras el “inventario” que la importancia de la intervención popular en las independencias fue muy alta. La crisis iniciada en 1808, que se dio en un imperio español en franca decaída, abrió una nueva posibilidad de actuar para las clases populares, generalmente dirigida por las elites y en algunas ocasiones sin la intervención de éstas. La evidencia es abrumadora.

¿Qué reflexiones preliminares pueden hacerse sobre los casos presentados? Todo ellos articulan causas locales y formas muchas veces conocidas en el período colonial con la coyuntura, que es la que genera la eclosión de movimientos. Porque el primer dato fundamental es la simultaneidad de los episodios, generalmente sin coordinación entre ellos y en espacios muy extendidos, de Texas a Santiago de Chile y Buenos Aires. Esa simultaneidad es la que permite realizar una mirada unificada de todos estos episodios. Ella era antes más complicada de percibir porque como es sabido el peso de las historiografías nacionales las encerraba –y todavía encierra– en marcos territoriales contemporáneos proyectados hacia atrás. En la actualidad, como ya he mencionado, el problema son a veces las perspectivas disciplinares que al abordar a sujetos concretos los aíslan en ocasiones de su contexto.

A una mirada nacionalista le costaba además lidiar con un dato clave de los episodios presentados: la movilización popular se dio tanto en el bando revolucionario como en el realista. Y esta última no fue precisamente más “conservadora”, como era a veces descripta,

⁴⁹ Di Meglio, op. cit.

⁵⁰ Raúl Fradkin, art. cit. Véanse también Guillermo Wilde, *Religión y poder en las misiones guaraníes*, Buenos Aires, SB, 2009; Jorge Machón y Oscar Cantero, *1815-1821: Misiones provincia federal*, Posadas, Editorial Universitaria de Misiones, 2008.

sino que como se vio en los casos de los esclavos de Popayán y Barlovento o en el de los llaneros venezolanos la intervención popular en el bando realista implicó cambios sociales profundos. Esto implica que hubo “agendas” populares que se acomodaron a las diferentes contingencias, algo sobre lo que volveré enseguida.

La mirada unificada y continental brinda una sensación un tanto diferente a la clásica perspectiva de la historia popular. Como anunció Gramsci y probaron las diferentes “escuelas” de investigación histórica sobre la acción popular, ella es perceptible fundamentalmente a través de estudios monográficos. Esa mirada detallista y hasta microscópica tiende a enfatizar en la causalidad la dimensión local. De hecho han existido debates importantes sobre las razones de la movilización popular en el artiguismo oriental y en la insurgencia novohispana, que se concentraron en la situación local y en particular en torno del mayor o menor peso de las condiciones socioeconómicas. En el segundo caso, es ya famosa la impugnación de Van Young a buscar causas “en el estómago”; el autor sostiene que los motivos de la gente común para unirse a la rebelión eran complejos, sobredeterminados y notoriamente no ideológicos y que más bien se correspondía a las circunstancias de vidas particulares. Respecto a lo material, propone que los difíciles tiempos económicos de 1810 produjeron una suerte de hiperestesia política que predispuso a muchos pobladores indígenas, en especial a los indígenas, a actuar con base en otros motivos.⁵¹ No en todos lados hubo debates de este tipo, pero varios de los estudios proponen tensiones sociales locales para explicar la participación política popular.

La articulación entre la causalidad local y la general es absolutamente central. Es evidente que desde 1809 se politizaron tensiones previas, volcando a las clases populares de diversos espacios a la acción. Visto así, todo parece reducirse a una oportunidad: la ausencia de poder liberó conflictividades latentes. Esto es indudable en varios de los casos señalados, pero también es necesario considerar a la misma coyuntura como causa. Como señalaron John Tutino y Brian Hamnett para Nueva España pero también Ronald Fraser para explicar el estallido popular en la propia España en 1808-1809 (donde ocho ciudades vivieron violentos levantamientos plebeyos, mientras ocurrían otros en zonas rurales), había malestar económico –al menos en la Península, en Nueva España y en el Alto Perú– pero fue fundamentalmente la incertidumbre política la mayor fuente de desestabilización. Porque, sostiene Fraser, en una sociedad regulada que siempre supo a qué atenerse la confusión era muy disruptiva.⁵² Y he ahí a una clave, tal vez *la* clave, de la acción popular en el período.

Más allá de las grandes diferencias locales, en toda Hispanoamérica había realidades populares comunes: la explotación, la desigualdad jurídica, la inferioridad racial, la lejanía de la esfera de las decisiones. Es decir, también para analizar a las clases populares, junto con la importancia de lo local, es fundamental tener en cuenta que eran parte de un gran conglomerado, la monarquía católica, el imperio. No es que las clases populares tienen una historia local –ella es necesaria metodológicamente para aprehenderlas– y las elites una historia supralocal. También aquellas compartían –siguiendo aquí la propuesta que

⁵¹ Van Young, *La otra rebelión*, cit.

⁵² Tutino, op. cit.; Hamnett, *Roots of Insurgency...*, op. cit.; Ronald Fraser, *La maldita guerra de España. Historia social de la guerra de la independencia, 1808-1814*, Barcelona, Crítica, 2006.

François-Xavier Guerra pensó sobre todo para las elites letradas— una matriz católica e hispana, una forma de considerar el mundo, las relaciones de poder, los derechos que poseían y los horizontes imaginables;⁵³ incluso conocían experiencias similares, como las de las revoluciones francesa y haitiana. Por eso no sorprende que haya similitudes en las acciones que he reseñado.

Entre ellas se hace rápidamente evidente que la animadversión e incluso el odio hacia los europeos estuvo presente en todos los espacios del lado insurgente. Si las elites tenían tensiones claras con los peninsulares, es remarcable que la radicalización de la oposición hacia ellos parece haberse debido en varios de los lugares considerados a la presión popular, más intransigente. Así, la abierta hostilidad a los *chapetones* en los Andes, los *gachupines* en Nueva España, los *maturrangos* en el Río de la Plata fue inmediata; también ocurrió en Quito, en Santo Domingo y en Caracas (donde se pidió la expulsión total, como ocurrió casi enseguida en Buenos Aires). En el antiespañolismo se expresaron también, según parece por la evidencia, tensiones sociales, subsumidas en la lucha con esos enemigos. Es interesante notar que ellas estuvieron presentes en las movilizaciones populares realistas que se volcaron abiertamente contra los criollos y tuvieron también una dimensión anti-blanca (al menos así fue tanto en Nueva Granada como en Venezuela).

Otro tema común y fundamental fue la definición del pueblo y su indeterminación en la coyuntura. En muchos de los episodios la polisemia del concepto se puso en juego. Consigno algunos ejemplos: en La Plata el 25 de mayo de 1809 hubo observadores como Álvarez de Arenales que hablaron alternativamente de pueblo y plebe sin diferenciación; también lo hizo el Cabildo, hablando de “populacho” y de “cholos”. En agosto de 1810 García de Toledo dijo en Cartagena que su elección a la junta no dependía del pueblo —que veía peligrosamente asociado a la plebe— sino de sus representantes. En Santiago de Chile se dio la misma indefinición en 1811, cuando se hablaba alternativamente de la “parte más sana” del pueblo, de la plebe, del bajo pueblo, realizando distinciones. Lo mismo ocurrió en Buenos Aires en abril de 1811: algunos perjudicados por el movimiento que tuvo lugar en esa oportunidad dijeron que eso se debió a la intervención de la plebe y no el “verdadero pueblo”. En Caracas, en diciembre de 1811, el publicista Miguel Sanz sostuvo que el pueblo eran los propietarios y que el pueblo soberano que conduciría a la sociedad a la felicidad “no es la multitud”. Son ejemplos aislados, hay varios más.⁵⁴

Lo importante aquí es el hecho de que si la elite tuvo que salir a marcar las diferencias, a apuntalar la distinción entre pueblo y plebe, es porque la situación era ambigua y esa diferencia ya no estaba tan clara. Las clases populares ocuparon un lugar posible dentro del pueblo y eso no era menor cuando éste, más allá de su polisemia, se convirtió en un eje, como sujeto soberano en ausencia del rey. Pudiendo aspirar a ser pueblo, las clases populares discutían el orden existente. Entraron de esa manera en la vida política de la

⁵³ François-Xavier Guerra, *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

⁵⁴ Just Lleó, op. cit.; Lasso, op. cit.; Pinto Vallejos y Valdivia Ortiz de Zárate, op. cit.; Di Meglio, op. cit. Para el concepto véanse las entradas del término “Pueblo” de diferentes países en J. Fernández Sebastián (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, Madrid, Fundación Carolina-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009.

época, que evidentemente tuvo en casi toda Hispanoamérica una destacada impronta popular. Y lo que me interesa destacar es que de los 50 ejemplos consignados en esta ponencia, 32 tuvieron lugar antes de la sanción de la Constitución de Cádiz (en marzo de 1812). Ya antes de este importante texto, que a veces se propone como la novedad principal del período, la intervención política popular era, sin lugar a dudas, un hecho fundamental y extendido.

Y en esa coyuntura, aunque las formas de esa intervención se asemejaran a las ya conocidas de los movimientos contra el mal gobierno de los siglos previos, los efectos eran otros y los horizontes empezaron a cambiar y a expandirse. En distintos espacios se hizo presente lo que Peter Guardino ha propuesto para Oaxaca: la idea popular de que todos los hombres adultos eran políticamente iguales, con posibilidad de intervenir en el sistema político, algo que según el autor era extremadamente corrosivo del orden colonial. Y esto no se relacionaba con la idea de independencia política, porque de hecho otras de las cosas comunes de los episodios descriptos es que el problema de la independencia de España no estuvo en general entre las principales preocupaciones populares y muchas veces no tuvo nada que ver con su movilización. A esta aspiración a la igualdad política, que se percibe de hecho en todos los espacios contemplados, se sumó en algunos casos una tendencia a la igualdad social y racial, muy fuerte en espacios como Cartagena, los Llanos del Apure, las Misiones guaraníes, la Banda Oriental y el mundo rural salto-jujeño pero que también estuvo presente de modo menos directo en varios otros lugares.

Entre los indígenas la aspiración a la autonomía parece haber sido muy intensa, de Nueva España a los Andes y la región rioplatense. Como es lógico, en todo el continente los esclavos buscaron la libertad y es interesante como muchas veces el justificativo para luchar por ella abiertamente estuvo dado por la idea de los amos ocultando la existencia de una medida emancipatoria brindada por una autoridad (así fue en el Chocó en 1809, en Popayán, en Cuba y en Mendoza en 1812). Pero es importante recalcar, asimismo, que en la mayoría de los episodios recolectados hubo una combinación de distintos sectores del mundo popular: en las ciudades pero también en movimientos rurales como el de los llaneros, los gauchos salteños y orientales o lo ocurrido en Popayán la acción popular fue étnicamente variada y conjunta. Por eso considero que es necesario contemplarla unificadamente y no segmentarla en el análisis. Por supuesto, también existieron tensiones y enfrentamientos entre las clases populares, en las que tuvieron mucho que ver cuestiones étnicas.

No tengo lugar aquí para profundizar en los aspectos “ideológicos” populares que los textos abordados permiten esbozar. Sólo me interesa destacar el todavía poco estudiado peso de miradas escatológicas que parecen haber circulado en la sociedad. “Ha llegado el tiempo de sacudir el yugo” fue una fórmula empleada en toda Hispanoamérica, en el campo revolucionario pero también en el realista. Implicaba una reacción contra los abusos tradicionales y tenía una clara resonancia religiosa, apocalíptica: “el tiempo está cerca”.

La circulación de estos discursos se liga a otro tema central y común a todo el territorio americano: el decisivo peso de las noticias. Raúl Fradkin ha advertido cómo en el diario de un soldado miliciano porteño entre 1806 y 1810 el autor consigna varias veces que “se dice” algo que implicaba a espacios remotos; manejaba una importante cantidad de

información, verdadera y falsa.⁵⁵ El papel del rumor ha sido enfatizado por buena parte de los historiadores que han trabajado sobre los episodios que he consignado. Y no es algo menor. Como ha señalado Guardino, los rumores –primero de la revolución francesa y su “asalto” a la religión, luego del peligro francés tras 1808– pusieron en cuestión los fundamentos de la sociedad, al convertir en tarea la disputa por el derecho a representar al rey ausente y la necesidad de defender la religión.⁵⁶ Por su parte, Van Young ha resaltado que los novohispanos de la época, aún los más aislados, hablaban mucho de la insurrección y de los acontecimientos políticos; no lo hicieron a través de un lenguaje nuevo, sino que las viejas formas lingüísticas cobraron cada vez más un contenido político. Una crisis pública, ha afirmado el autor, hizo más densas las redes de comunicación verbal; la amplitud y la profundidad de la conciencia pública y los horizontes del pensamiento político para mucha gente común se expandieron en esta década en que se habló y se gritó (incluso también cierto sentido de la “nacionalidad”).⁵⁷ Este fenómeno ha sido también destacado en otros espacios, como Cuzco, Arequipa y Buenos Aires.⁵⁸ Otros autores han enfatizado los rumores sobre Haití, que como se ve en los ejemplos consignados arriba, tuvieron una importancia crucial entre los esclavos y también entre sus amos.⁵⁹ Los rumores, en una población abrumadoramente analfabeta, fueron decisivos: definieron creencias grupales e incluso ayudaron a delinear el pensamiento de qué era posible hacer, a qué se podía aspirar.

Es por lo tanto indispensable pensar a Hispanoamérica como un todo integrado, no sólo por las gacetas y cartas que circulaban entre las elites –y cuyo contenido se volcaba rápidamente también por fuera de ellas– sino por las noticias que circulaban ininterrumpidamente entre las clases populares a través de ellas mismas. El papel de los marineros, resaltado ya para el Caribe británico y el Atlántico Norte de los siglos XVII y XVIII es un tema que necesita investigación urgente, pero los indicios sobre su importancia son enormes.⁶⁰ ¿Quién transmitió la noticia de la rebelión de Saint Domingue en 1790 para que ese mismo año hubiera canciones sobre el tema desde Nueva Orleans hasta Río de Janeiro y Buenos Aires?⁶¹ ¿Quién “filtró” en esta última la noticia de la caída de la Junta Central de Sevilla en 1810? Y así con varios casos. Pero si los puertos eran evidentes focos de rumores, los arrieros y caravaneros, como ha destacado Hamnett para Nueva España, los llevaban a todos lados. Así, no conocemos bien el “efecto contagio”, pero es evidente que en la conspiración de esclavos de Mendoza en 1812 jugó el conocimiento de lo ocurrido en

⁵⁵ Raúl Fradkin, “Cultura política y acción colectiva en Buenos Aires (1806-1829)”, en Fradkin (ed.), *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Prometeo, 2008. El texto al que alude es Anónimo, *Diario de un soldado*. Buenos Aires, Ministerio del Interior, 1960.

⁵⁶ Guardino, *The Time of Liberty...*, cit.

⁵⁷ Van Young, *La otra rebelión...*, op. cit.

⁵⁸ Walker, op. cit., Sarah Chambers, *From Subjects to Citizens. Honor, Gender, and Politics in Arequipa, Perú, 1780-1854*, University Park, The Pennsylvania University Press, 1999; Di Meglio, op. cit.

⁵⁹ David Geggus, “The Influence of the Haitian Revolution on Blacks in Latin America and the Caribbean”, en N. Naro (ed.), *Blacks, Coloureds and National Identity in Nineteenth-Century Latin America*, Londres, Institute of Latin American Studies-University of London, 2003.

⁶⁰ Véase Peter Linebaugh y Marcus Rediker, *La Hidra de la Revolución. Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico*, Barcelona, Crítica, 2005.

⁶¹ *Ibid.*

Chile con la esclavitud, del rumor falso de lo que habría pasado en Buenos Aires y el recuerdo de Haití. El movimiento caraqueño antipeninsular de octubre de 1810 se produjo al llegar las noticias de la masacre de Quito. Los episodios de Centroamérica se desencadenaron ante la noticia de lo ocurrido en Nueva España y dentro de ésta fue el estallido del Bajío el que provocó reacciones similares en otros territorios del virreinato (incluyendo Texas). Y no debemos despreciar la repercusión en América de los estallidos populares en España ante los franceses (de hecho, es posible que esta investigación requiera incluir también a bibliografía sobre los territorios no americanos de la Monarquía Católica).

Finalmente, la articulación de la participación popular con la dirigencia y los intereses de las elites es un tema muy complejo. He consignado la fundamental presencia de figuras de la elite pero también de otras de origen popular con peso decisivo en algunos acontecimientos de los reseñados, un tema que no desarrollo por espacio pero es muy importante. Los líderes consignados, tanto los miembros de las elites que hicieron esfuerzos por volverse tribunos de la plebe o los que pertenecían a ella –a los consignados arriba pueden agregarse personajes como el comandante artiguista Encarnación Benítez y el oficial de Güemes Vicente Panana, pardos los dos– fueron bisagras imprescindibles en la relación política entre las diversas clases sociales.⁶² También fue fundamental en ese aspecto el papel de los curas, tanto como dirigentes populares de la insurgencia en Nueva España, Nueva Granada (al menos en el Socorro) o la Banda Oriental como entre los realistas (recuérdese al arzobispo de Caracas impulsando a los esclavos a la revuelta contra los revolucionarios).

Pero sobre esta temática hay más. En general, la historiografía actual elude la idea de manipulación por parte de las elites –aunque en ocasiones se lo sigue sugiriendo– para privilegiar la idea de una agenda popular bajo dirección de la elite. En algunos casos la relación es cuestionada y la agenda popular es todo: Van Young en *La otra rebelión* sostiene que los insurgentes novohispanos eran predominantemente indígenas y evitaron unirse en una causa común con los criollos. De todos modos, hay autores que pese a pensar a las clases populares como un sujeto político siguen suponiendo implícitamente que una movilización autónoma de las elites tendrías más “validez” que una dirigida, lo cual es altamente discutible. Una posición tal es la que creo está detrás del mayor interés tradicional por los movimientos campesinos o indígenas o esclavos que por lo ocurrido en las eclécticas ciudades.

Así, en su libro de los 80, el mismo Van Young pudo sostener que mientras las áreas rurales de Nueva España vivieron el huracán insurgente las ciudades fueron “islas en la tormenta”, lo cual fue luego desmentido –no explícitamente– por otros trabajos sobre la región, como el de Richard Warren sobre México.⁶³ Pero, claro, la plebe mexicana no llevó adelante un abierto desafío al orden como el que mostraron los insurgentes de Hidalgo; sin embargo, su participación política también fue destacada. En otros caso han existido

⁶² Sobre Benítez véase Frega, op. cit.; sobre Panana véase Mata, op. cit.

⁶³ Eric Van Young, *La crisis del orden colonial. Estructura agraria y rebeliones populares de la Nueva España, 1750-1821*, México, Alianza, 1992 (1984 en inglés); Richard Warren, “Elections and Popular Political Participation in Mexico, 1808-1836”, en V. Peloso y B. Tenenbaum (eds.), *Liberals, Politics and Power. State Formation in Nineteenth-Century Latin America*, Athens & London, The University of Georgia Press, 1996.

miradas similares a la de Van Young, como ocurrió con el trabajo de Alberto Flores Galindo sobre Lima (ambos libros son, vale aclararlo, excelentes). Allí el autor peruano muestra, en una línea que recuerda la mirada de Albert Soboul sobre los *sans-culottes* en la Revolución Francesa, la imposibilidad estructural de la plebe urbana de ir más allá en su desafío al orden más acorde con una perspectiva socialista moderna.⁶⁴ El problema allí, implícito, es desvalorizar el peso de una movilización popular porque no cumple con las expectativas históricas del investigador, lo cual puede llevar a incomprensiones del pasado y a, digámoslo, ser injustos con los hombres y mujeres que lo protagonizaron. Convengamos que la participación popular puede ser subordinada y no “autónoma”, pero no por eso no pesa. Es más, puede ocurrir todo lo contrario: ahí está el ejemplo del artiguismo o del sistema de Güemes (y cualquiera que conozca la historia del peronismo en la Argentina moderna puede aseverarlo sin dudar).

Además, esa subordinación no implica necesariamente que el bajo pueblo ocupe el lugar que le reservan las elites. Las historiadoras Javiera Müller y Mariana Labarca han cuestionado la idea de que en Chile la plebe tenía una ligazón con la facción de los Carrera, sosteniendo que su movilización respondía a redes clientelares y su presencia en la política era manipulada; la facción carrerina pudo tal vez suscitar simpatías populares pero no intentó convertir a la plebe en un sujeto político. Considero que ese no es el problema, dado que no era raro que las elites revolucionarias americanas, que realizaron sus movimientos conociendo ya los efectos de las revoluciones francesa, haitiana y de las rebeliones andinas de la década de 1780, desconfiaran del bajo pueblo. No importa tanto si la convocatoria a la plebe santiaguina en septiembre y noviembre de 1811 fue más “instrumental” que política. La plebe pudo de todos modos volverse un actor de la política, más allá de las intenciones de quienes quisieron dirigirla (no soy, por supuesto, un experto en este caso, sólo ataco la forma del argumento).⁶⁵

La coyuntura iniciada en 1808 unificó problemáticas locales y las hizo parte de un proceso variado pero que también puede tomarse como uno solo. La presencia popular en la política de la época, a veces a favor de los proyectos independentistas, a veces en contra y a veces neutra al respecto, vivió una coyuntura de desafío del orden, de poder pensar mejorar de otra manera propia situación por parte de todos los integrantes de la sociedad; de negociar, presionar y también sufrir. Las tensiones sociales y raciales pasaron a expresarse fundamentalmente a través de la política. Una política que no era ya solamente quejarse contra el mal gobierno y esperar el restablecimiento del bien común sino que empezó a implicar una participación en la toma de decisiones y una interpelación directa a un poder menos lejano que el de un rey allende los mares. Esa nueva cercanía y la gran movilización reseñada –amén de la también decisiva militarización, que no he abordado aquí– harían que desde entonces nada pudiera volver a ser igual. La acción popular fue decisiva en el derrumbe del orden colonial.

⁶⁴ Alberto Flores Galindo, *Aristocracia y Plebe. Lima, 1760-1830 (Estructura de clases y sociedad colonial)*, Lima, Mosca Azul Editores, 1984; Albert Soboul, *Los sans-culottes. Movimiento popular y gobierno revolucionario*, Madrid, Alianza, 1987.

⁶⁵ Javiera Müller, “Adhesiones populares. El mito del apoyo popular a Carrera” y Mariana Labarca, “José Miguel Carrera y las clases populares, 1811-1813”, ambos en Seminario Simon Collier 2004, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2004. Véase también Pinto Vallejos y Valdivia Ortiz de Zárate, op. cit.